

*Erotismo, vanidad,
codicia y poder*

Erotismo, vanidad, codicia y poder

*Las pasiones en
la vida contemporánea*

ÁXEL CAPRILES M.

Título:

*Erotismo, vanidad, codicia y poder.
Las pasiones en la vida contemporánea*

© Áxel Capriles M., 2021

De esta edición:

© Turner Publicaciones SL, 2021

Diego de León, 30

28006 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: marzo de 2021

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Maillol, Aristide (1898): *The Wave (La Vague)*, grabado en madera

© Aristide Maillol, VEGAP, Madrid, 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN: 978-84-18428-50-0

DL: M-1606-2021

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

La razón es y solo debe ser la
esclava de las pasiones y no puede
pretender otro oficio más que
servirlas y obedecerlas.

DAVID HUME, *TRATADO DE
LA NATURALEZA HUMANA* (1740)

ÍNDICE

Prefacio	9
I La experiencia de pasión	15
II Una nota sobre exotismo y erotismo	71
III Biografía del selfi o por qué nos queremos tanto	97
IV Codicia y voracidad ('Cupidus pecuniae')	115
v Poder e inferioridad psicopática	149
Nota editorial	181
Notas	183

PREFACIO

Las pasiones colorean y perfilan la vida de los seres humanos. Son la corriente de un río subterráneo que aparece retrospectivamente en la memoria como un plan, la hebra que encanilla y unifica los segmentos esparcidos de nuestro recorrido. Un amor, solo uno, puede ser el argumento de toda una vida. Muchos amores, relaciones imposibles y despechos, pueden constituir el libreto de otras. Hay hombres y mujeres con presencias aplastantes cuya sola obsesión es el poder, seres dominantes que respiran a través del afán de mando y para quienes alcanzar supremacía es su principal ambición. Hay personas que siguen alucinadas una vena de oro y hacen del dinero mucho más que una escurridiza ilusión. Las celebridades pueden sentir el éxtasis con el aplauso y los *likes* de sus seguidores, pero también se desvanecen en la nada cuando no encuentran su reflejo en la mirada del otro. La venganza urde la trama de familias extensas y puede perpetuarse de generación en generación. El resentimiento es una de las principales emociones políticas y el rencor ha inflamado las más cruentas revoluciones y transformaciones sociales. Transcurren los años y los siglos, cambian los individuos y las sociedades, mudan las sensibilidades, la ciencia y los avances tecnológicos alteran los comportamientos, las formas de interrelacionarse y la manera de ver el universo, pero las pasiones continúan allí como

estrellas fijas, impávidas, inmutables, puntos cardinales que marcan el paso de la especie humana.

Mucho de la filosofía y la historia del pensamiento oriental y occidental tiene como tema central la oposición pasión-razón: Platón, Aristóteles, Buda Gautama, San Agustín, Descartes, Spinoza, Hobbes, Hume, Nietzsche, un largo trayecto con un debate inagotable. El amor, los celos, el orgullo, la envidia, la codicia, la ambición... son los hilos de la trama que urde la tragedia, la comedia, la poesía, la novela y toda la literatura universal. Homero, Eurípides, Shakespeare, Dostoievski, las hermanas Brontë, Balzac, James, García Lorca... Todos los grandes escritores que perduran son maestros de pasiones. El cine, las series de televisión y las miniseries en *streaming* se desenvuelven en torno a motivos argumentales que se repiten, guiones germinales sobre emociones dominantes que nos conducen y conmueven. No existe una contabilidad mental, pero si nos detuviéramos a examinar nuestras fantasías y conversaciones, a computar el tiempo que nos toman los pensamientos sobre dinero, amor, sexo, vanagloria, pretensiones y resquemores, constituiríamos un voluminoso libro de horas, como aquellos antiguos textos medioevales con ciclos semanales de oraciones, salmos e himnos que marcaban el tiempo litúrgico.

En una carta de Lord Byron, de 1813, a su futura esposa, Anne Isabella Milbanke, el *enfant terrible* del Romanticismo escribe: “El gran objeto de la vida es la sensación –sentir que existimos, aunque sea con dolor. Es este ‘vacío de anhelo’ lo que nos lleva a los juegos, a la batalla, a los viajes, a las actividades intemperantes pero profundamente sentidas de todo tipo cuyo principal atractivo es la agitación inseparable de su realización”.¹ Una opinión similar expresa Joseph Campbell en una entrevista que le hizo Bill Moyers sobre el poder del mito. El periodista comenta que todos “necesitamos que la vida tenga significado,

que toque la eternidad”, a lo que el mitólogo estadounidense responde: “Se dice que cuanto ansiamos es buscarle un sentido a la vida. No creo que sea eso lo que realmente buscamos. Creo que lo que buscamos es el hecho de estar con vida, de modo que nuestras experiencias vitales en el plano puramente físico tengan resonancia dentro de nuestro ser y realidad más internos, y así sentir realmente el éxtasis de estar vivos”.² Tal vez ese sea, ciertamente, el único indicio de sentido, tener la sensación potente de vivir. Y es aquí donde nuestro tema se hace especialmente relevante: la experiencia de pasión compone la más intensa de nuestras sensaciones vitales, la vivencia que con mayor ímpetu nos hace sentir el éxtasis de estar vivos. Existencias repetitivas y monótonas repentinamente sacudidas por una mirada, por el tacto de un cuerpo y una piel que las exaltan y enfervorizan. Vidas confundidas, perdidas, que un día vislumbran la luz con la conversión religiosa, con la ferviente adhesión a una causa política.

Comencé mi formación en Psicología a principios de los años setenta, en una época en la que el estudio de las emociones era marginal. La palabra *pasión*, por demás, había sido expulsada de la Psicología desde el siglo XIX. El término no solo era un concepto anticuado, impreciso, caduco, propio de la religión o de la filosofía moral, no de una moderna ciencia del comportamiento, sino que el mero hecho de usarlo ya era motivo de cautela y sospecha. Cuando ya a finales de esa década de los setenta, la pérdida de hegemonía del conductismo, los avances en Fisiología y Psicología evolutiva, el auge de la Psicología cognitiva y la Psicología humanista, la integración de la Neurociencia, la Biología evolutiva, la Antropología y otras disciplinas pusieron en boga los estudios de la emoción, la afectividad compleja que en la historia de la cultura se había conocido como pasión fue sometida a una disección experimental, analítica y causal.

Nada del numen de los misterios ni de la integridad de su sentido teleológico quedó en ella. Para los defensores de la perspectiva evolucionista, como John Tooby y Leda Cosmides,³ por ejemplo, las emociones son programas superiores, sistemas de relaciones y cadenas de información surgidos de los agregados estadísticos de la presión selectiva, la reproducción y la persistencia de genes que incrementaron la posibilidad y la frecuencia de procesos y diseños relevantes para la adaptación al medio. También el popular concepto de inteligencia emocional apunta a la función adaptativa de las emociones. La celebrada capacidad de gestionar las emociones hizo de la pasión una razón. Vemos, sin embargo, con frecuencia, que las pasiones pueden proveer experiencias extraordinarias, intensas, pero suelen ser, también, tremendamente destructivas, inadecuadas. En la vida real, en la cinematografía, en la literatura, observamos un vínculo secreto, un vaso comunicante, entre pasión y sufrimiento, pasión y tragedia, pasión y muerte. En los capítulos que siguen amplificaremos la psicología profunda de ese vínculo, su significado personal y colectivo, su orden simbólico.

El primer capítulo del libro, *La experiencia de pasión*, presenta una visión general de las emociones y pasiones en la historia de la cultura, un ramillete de miradas a las distintas plantas de un fértil jardín desde los diversos balcones de una casa, con ángulos y alturas móviles que enfatizan o suavizan los claroscuros y la luz. En un recorrido que va desde los estados de posesión hasta la inteligencia emocional, desde las creencias populares hasta las teorías cognitivas, la experiencia de pasión será el eje para la comprensión de los acontecimientos que más íntimamente nos marcan y que nos hacen fundamentalmente humanos. Contrario a las teorías en boga que han dominado el mercado editorial y la ortodoxia académica, el lector encontrará una aproximación díscola, subjetiva, simbólica, una decidida interpretación de las

emociones y pasiones, no en función de la adaptación al mundo exterior, ni siquiera a la vida, sino como danzas rituales y desplazamientos simbólicos con los que se exteriorizan los movimientos del alma, el universo imaginativo que llamamos psique. Las pasiones hablan de los procesos de desarrollo personal y colectivo en los que cada uno de nosotros estamos involucrados. En una pesquisa sin estación de llegada, el hilo de Ariadna en el laberinto pasional será siempre el individuo, la búsqueda de entendimiento y comprensión de un llamado personal, el descubrimiento de velos infinitos que esconden las imágenes que más entrañablemente nos pertenecen y revelan.

Los siguientes cuatro capítulos exploran las pasiones más conspicuas en la vida contemporánea: el erotismo, la vanidad, la codicia y el poder. *Una nota sobre exotismo y erotismo* rastrea el rol de lo desconocido, la imaginación y la transgresión en la formulación del deseo. Indaga en la búsqueda espiritual y la cara religiosa del sexo desencarnado, pero también analiza la función erótica de la multitud en las populosas ciudades contemporáneas y las consecuencias que los nuevos medios de internet y la politización del sexo tienen en el erotismo. *Biografía del selfi o por qué nos queremos tanto* aborda el impacto de las redes sociales en la cristalización de la identidad personal y en las nociones de celebridad y fama. El narcisismo, como psicología colectiva, muestra los flecos de una cultura que fundada en la superficialidad husmea inconscientemente signos para su transformación. En *Codicia y voracidad* nos alejamos del lugar común y los recurrentes estereotipos sobre capitalismo y maldad para estudiar el afán de poseer como motivación arquetípica y adentrarnos, así, en los artilugios ocultos que llevan de las cosas a la búsqueda del infinito. Entre lo necesario y lo superfluo, entre las verdaderas urgencias y las necesidades ficticias o creadas, se desarrolla un diálogo en el que los artículos de consumo se convierten en

jeroglíficos de procesos subjetivos. En *Poder e inferioridad psicopática* estudiamos el lazo entre el vacío anímico y las nuevas formas de populismo autoritario. Intentamos comprender uno de los problemas más acuciantes de nuestra época: ¿por qué el psicópata adaptado fascina? ¿por qué las poblaciones escogen líderes tóxicos? Entre las formas arquetípicas eternas y un presente cambiante que nos exige respuestas, las pasiones son guías rectoras en nuestro proceso de autodescubrimiento y autorrealización.

I

LA EXPERIENCIA DE PASIÓN

“**N**o soy feliz, pero estoy bien”,¹ escribió el marqués de Sade en una de sus últimas cartas a su abogado y amigo Gaufridy. Sade subrayó las tres primeras palabras de la frase. Daba cuenta de una especie de resignación, de renuncia, de una profunda nostalgia por su juventud colmada de desenfrenos. Su necesidad de vivir en el exceso y su ansia de experimentar hasta el límite las sensaciones extremas nunca llegaron a ser compatibles con la serenidad y la sabiduría requeridas para aceptar los compromisos y los términos medios de la vida civilizada. La ordinaria infelicidad humana de la que habló Freud en *El malestar en la cultura*, ese “no ser feliz pero estar bien”, era, para Sade, el producto de la imposición de las restricciones y los límites de la realidad sobre el poder sexual, la violencia y la destructividad ilimitadas, el resultado del miedo a las conmociones y vibraciones potentes que producen en todos nosotros el impacto de la pasión y las transgresiones del deseo.

Sade fue, sin duda, una personificación de la desmesura, una manifestación del anhelo por las fuerzas oscuras que alteran el alma con pugnacidad volcánica. Su defensa del vicio y del dolor se debe, precisamente, a la intuición de que estos nos afectan mucho más profundamente que el placer o la virtud. Ser alterado por algo más poderoso que uno mismo es la sensación

que, con más propiedad, define la experiencia de pasión: ser poseído por los celos, dejarse llevar por la lujuria, estar ciego de codicia. Vivencias que los autores clásicos describieron como perturbaciones del alma (*perturbationes animae, concitatio animi o passiones animae*), cualidad de lo que le sucede y modifica al alma, carácter pasivo que, según los estoicos, amenazaba la autonomía del alma racional.

Así como entre los siglos xvii y xviii surgió una peculiar ideología del libertinaje y un público deseoso de sensaciones fuertes encontró satisfacción en la imaginación sádica de un pornógrafo genial, en las últimas décadas se ha expandido la argumentación de un cierto modo de vivir que valoriza la búsqueda de lo emocionante y que concibe la felicidad y la plenitud como experimentación de acontecimientos espontáneos y vivencias intensas; una actitud que entiende la pasión como salida alternativa a las repeticiones insignificantes de la vida cotidiana, como epifanía de Dionisos,* ese desgarramiento, esa ráfaga del suceder espontáneo donde la sensación de significado se fusiona con el *daimon*** o destino de cada cual.

El anhelo de experiencias vehementes espoleadas por la pasión es un tópico en muchas existencias privadas. En la década del 2000 fui asesor de un proyecto internacional para el análisis de la ciudad informal en los barrios marginales de Caracas, un extenso estudio multidisciplinario compuesto por urbanistas, arquitectos, artistas plásticos, filósofos, sociólogos, más de setenta profesionales de todo el mundo. Al final de la investigación, una arquitecta suiza, doctorada por la Escuela

* Dionisos o Dioniso, en la mitología griega, o Baco, en la romana, es el dios olímpico de la fertilidad y el vino que tiene como atributos la locura ritual y el éxtasis. En Psicología se lo entiende, comúnmente, como cuerpo emocional.

** *Daimón*, *demon* o demonio, eran, en la Grecia Antigua, seres intermedios entre los humanos y los dioses, relacionados con el destino personal, la fatalidad o la fortuna.

Politécnica Federal de Zúrich (ETH) se acercó a mi oficina y me dijo que había decidido quedarse a vivir en uno de los barrios estudiados. Me sorprendió sobremanera su decisión por la pobreza del barrio, por el rudo estilo de vida que implicaba, en contraste con el confort de una ciudad como Zúrich. Me confesó que, efectivamente, viviría en una zona muy pobre, marginal, en una casa estrecha, incómoda y frágil, con falta de agua y fallas eléctricas recurrentes, pero que ella había descubierto una manera distinta de vivir, con personas apasionadas, comprometidas con una causa política más grande que ellas. Se había enamorado de un atractivo mulato, activista revolucionario y gran bailaror de salsa. La idea que las personas se hacen de la pasión es muy variada. En ocasiones significa la dedicación entusiasta a una profesión, el empeño con un objetivo, el dominio de un estado afectivo, la monomanía, la fe y el compromiso con un movimiento político o el afán religioso. Con frecuencia se refiere a la atracción erótica o al amor total y una forma de vida emancipada de convenciones.

El escritor puertorriqueño Luis Rafael Sánchez comienza su novela *La importancia de llamarse Daniel Santos*² con la enumeración de las mujeres del famoso cantante boricua, que implicaba una celebración de la sensualidad, la erótica y la fiesta. Sánchez comenta que la sola mención del nombre del popular compositor caribeño, riguroso crítico de la razón y destacado maestro de lascivia, producía un caos genital. Daniel Santos había tenido, efectivamente, una vida sexual exaltada e intensa para su tiempo. El “inquieto anacobero”, como se le conocía a partir de la palabra que en el dialecto afrocubano ñañiga significa ‘diablillo’, era, según sus conocidos, un hombre “cumplido” con las mujeres. Aparte del profuso número de relaciones casuales y pasajeras y de su íntima afición al burdel, se casó doce veces y tuvo doce o catorce hijos de distintas mujeres. Más que

una representación del machismo o del macho latinoamericano, la vida de Daniel Santos, sus canciones y su voz dislocada, su nacionalismo, su exaltación emotiva y su conexión popular se han convertido en mito de la bohemia caribeña, en símbolo de la transgresión y de la pasión como intensidad y desorden. Rebelde e independiente, compuso en 1957 la canción *Sierra Maestra*, dedicada a Fidel Castro, que se convirtió en el himno de la revolución cubana. Bebedor, mujeriego y buscapleitos, dedicado plenamente a una vida nocturna y disipada, terminó preso muchas veces.

El género musical que mejor cultivó Daniel Santos, y del cual se convirtió en su más extraordinario exponente, el bolero, es una ética de la pasión apegada a la etimología clásica del término como aflicción o sufrimiento, un culto de la pasión como la experiencia que nos abre al misterio y el encanto de la vida. El bolero es un himno al poder de las pasiones intensas, un canto a esa energía que el filósofo francés Claude-Adrian Helvétius consideró el germen del espíritu, la fuerza que, para el mundo moral, equivale a lo que es el movimiento para la física. Daniel Santos quiso suicidarse, como Alfonsina Stormi, ahogándose en el mar y su vida estuvo llena de reveses y frustraciones, pero a pesar de sus desaciertos y altibajos emocionales, creía fervientemente en la superioridad del hombre apasionado por encima del hombre prudente y sabio. Pensaba, como Helvétius, que la falta de pasiones nos hace estúpidos.³

El deseo de una vida apasionada, de vivir más intensamente, más peligrosamente, en el borde de la imposibilidad, es una aspiración tan fuerte en muchos seres humanos que aún una personalidad tan racional como la de Aristóteles parece haber sido atrapado, en algún momento, por el virus romántico, por el remolino de la tempestad y el empuje (*Sturm und Drang*), el mismo sentimiento que en cierto momento de la juventud cautivó a

Goethe y que luego logró mayor expresión en el Romanticismo. Así lo revela una curiosa frase del filósofo de Estagira, quien, en la traducción del erudito Werner Jaeger de la *Ética nicomáquea*, afirma que:

quien se sienta impregnado de la propia estimación preferirá vivir brevemente en el más alto goce que una larga existencia en indolente reposo; preferirá vivir un año solo por un fin noble, que una larga vida por nada; preferirá cumplir una sola acción grande y magnífica, a una serie de pequeñeces insignificantes.⁴

Frase en la que se cuela de manera inadvertida uno de los rasgos culturales más relevantes de la vida griega, el heroísmo, un código que concedía valor a la vida vivida en extremos, de espaldas a los compromisos, a la moderación y al camino intermedio, una tradición épica que exaltaba al individuo en oposición al equilibrio armónico y la convivencia civil. El héroe de la tradición épica es fundamentalmente inflexible. Teniendo que escoger siempre entre el compromiso o el mandato de su pasión, el héroe es incapaz de torcer su rumbo, elige la grandeza y permanece inalterable en su camino a pesar de conocer las consecuencias de sus actos.

Aristóteles, sin embargo, es el máximo representante de la búsqueda del justo medio, del balance entre los opuestos, la *aurea mediocritas* ligada a la virtud. Su ética se funda en la célebre doctrina del *mesótes*, el ‘término medio’ o ‘moderación’. En su pensamiento domina la noción de que la sabiduría y la felicidad son los resultados del equilibrio sutil de las fuerzas que componen la vida. Para el pensador griego, el hombre pleno no es el apasionado y excéntrico sino el metódico y constante. El concepto de Aristóteles de la virtud moral es, por definición,